

EL FRACASO DE LA ILUSTRACIÓN

Entendemos por “modernidad” el período que se abre con la Revolución Francesa y su corolario, la Ilustración, con los ideales “Libertad, Igualdad y Fraternidad” más o menos incorporados. Es, en principio, el triunfo de la Razón, y en final de una era de oscuridad supersticiosa. Este período, la modernidad, puede pensarse como tal hasta el fin de la segunda guerra mundial, en el que comienza la llamada “tardo-modernidad”, en la que en “mundo ilustrado” se vuelve sospechoso justamente de irracionalidad. Esta división no es arbitraria, pues la línea que lo quiebra es el concepto de “progreso”. El período “moderno” confiaba en un progreso imparable de una humanidad cada vez más ilustrada y libre. Pero después de los hechos de Auschwitz,- y añadido, de los “gulags estalinistas - en palabras de Max Horkheimer, filósofo judío emigrado a EE.UU., “el mundo no puede volver a ser el mismo”. Algo se gestó en aquel horror que nos hace críticos sobre la cuestión de la “Ilustración” y que pone en crisis el mismo concepto de “razón” que la alentó.

El mito del progreso se expresó en los campos de exterminio con la máxima “racionalidad”, y “utilidad” conceptos base de “lo moderno”. El frío cálculo, las máquinas de matar con el mínimo coste, eficientes y silenciosas abrieron una brecha de sospecha sobre la racionalidad humana y su aplicación. Históricamente nunca se dio tal cálculo “racional” para el exterminio de vidas humanas. Desde aquel momento, la “razón”, la “razón ilustrada”, la “luz de la razón”, deviene opaca, mostrándose traspasada de intereses. Los “maestros de la Sospecha”, Freud, Marx y Nietzsche ya avisaron anteriormente sobre la validez de “nuestras luces” y los hechos que se dieron en la Europa “ilustrada y democrática” pueden corroborar lo antes expuesto. El siglo XX ha sido uno de los máximos exponentes de la barbarie.

La tesis que quiero mostrar en mi escrito es que el proyecto ilustrado ha fracasado, y las razones por las cuales ha fracasado. Aunque harían falta muchas páginas para demostrarlo, expondré sólo las líneas fundamentales y los puntos de fractura que pueden detectarse desde nuestra precaria atalaya mental. No disponemos todavía de suficiente distancia histórica para efectuar un análisis más profundo, este escrito sólo pretende ser una reflexión con los datos de que disponemos y que somos, en principio, capaces de manejar.

*Nuestra época, la tardo-modernidad, es heredera de la Ilustración, o sea, somos descendientes directos de la Revolución Francesa,. **Estos ideales de libertad y justicia, lograron romper en su día el antiguo régimen, un rey absolutista fue***

depuesto con poca amabilidad, se tomó “La Bastilla” como corresponde y se inauguró un nuevo mundo. Se acabaron- en principio- los monarcas, los “dioses” y la condición de súbdito para pasar a una categoría superior: la de “ciudadano”, que es la que ahora ostentamos e intentamos defender ante el derrumbe general de las estructuras que la hicieron posible. En los momentos actuales la defensa de la “civitas”, del espacio civil y público se ha convertido en la urgencia que hay que atender prioritariamente. Nunca se pensó que la defensa de la ciudadanía se hubiese de convertir en la prioridad de la “post-modernidad” cuando se ha visto claro que los intereses económicos priman sobre lo “político”, sobre la “polis” y la “civitas”.

Ciudadanos libres en una República libre , este era el ideal. La Razón, la Ilustración europea, que tantos pensadores brillantes ha generado tiene también su aspecto oscuro, proyectando una sombra en nuestro horizonte, la sombra del relativismo de valores y de la descualificación ontológica del ámbito en que se mueve la tardo-modernidad en que nos encontramos. La “sociedad de consumo” – que al parecer, está en crisis, ha logrado transformar la “civitas” en un estado de ser- social y político -donde cualquier opción vale lo mismo, que es lo mismo que decir que ninguna vale nada. Sin entrar en los análisis marxistas de la “mercadería” deberíamos quizás preguntarnos si nuestras ideologías o ideales no se habrán convertido también en “mercadería”.

En estas condiciones de tardo-modernidad “liquida” – como la calificó el filósofo Baugman, una postura vale lo mismo que otra, un ser humano y una relación son intercambiables, todo vale lo mismo y en consecuencia nada vale nada. Esta es la entrada al nihilismo que nos amenaza, ya anunciado por Nietzsche en su día. La sospecha no expresada de que, a lo mejor, no hay nada que merezca el esfuerzo de ser defendido, nuestra comodidad o complacencia en lo inmediato es lo que conviene a este estado de ser. Desconfiamos de la Historia y del poder de las ideas, de la acción de la ciudadanía y de la soberanía del pueblo. Es el estado de ánimo adecuado para que una dictadura tome el poder sin resistencia alguna por parte de la “civitas”. En este supuesto, la Ilustración habría fracasado.

Me explicaré con una expresión desagradable y poco políticamente correcta de Alexis de Tocqueville: “ la democracia iguala a las gentes por lo que tienen de común y más bajo, o sea, el derecho al voto” – Puede leerse dicha expresión en su obra “La democracia en América”. O sea, el derecho al voto, que sería el derecho que debería liberarnos y darnos la potestad de construir una sociedad civil libre, es lo mismo que nos esclaviza, dado que igual sirve el voto de un ilustrado que el voto de un sectario extremista. No se construye la “civitas” por calidad sino por “cantidad”. Sirva como ejemplo la subida “democrática” de Hitler al poder y otros ejemplos más domésticos que prefiero no nombrar.

Sin embargo debe mantenerse la democracia a toda costa, cualquier otra forma inferior de gobierno sería impensable. En esta tardo-modernidad que padecemos

están en peligro, ya se está oyendo que necesitamos “alguien” ¿...? Que nos saque de la crisis, aunque sea a costa de abdicar de los principios democráticos. El Miedo, el viejo espantajo usado siempre por las clases poderosas asoma su oreja, visible para quien tenga ojos para ver. Y como, al parecer, estamos instalados en el nihilismo, es bien posible que nos parezca exactamente lo mismo, o incluso bien. Este es el peligro en que nos encontramos. Nadie maneja todas las variables de la crisis sin precedentes que padecemos, pero los resultados son bien visibles.

Y es que el inalienable derecho al voto debería estar refrendado por la educación liberadora que dotase a las conciencias de visión y responsabilidad, pero si miramos alrededor veremos que este no es el caso. La formación política de las clases trabajadoras no existe y las humanidades se relegan al cajón de lo “inservible e improductivo”. Ya sabemos, el ideal moderno es la técnica y la utilidad, no es precisamente la cultura, sino la inmediatez, la solución fácil, el dinero rápido porque la “realidad” aprieta y no estamos para pensar demasiado, eso es cosa de “ociosos”, “outsiders” que no entran en el juego competitivo que parece estamos obligados a seguir. Quizás deberíamos erradicar de nuestro vocabulario la palabra “competitividad” y sustituirla por la palabra “cooperación”. La “competitividad” es la bandera del capitalismo – 500 años de este marco económico lo avalan – y ahora que la estructura sistémica del mismo se ha derrumbado, sería el momento de examinar la “racionalidad” que lo impulsó para ser sustituido por otro modelo que priorice al ser humano sobre la mercadería. No ha sido y no es en la actualidad el caso, y este es otro fracaso de la Ilustración. Los ciudadanos nos hemos convertido en siervos de la actividad económica.

La tardo-modernidad acusa estos efectos en una búsqueda desesperada de seguridad – económica casi siempre - sacrificando las posibilidades más altas del ser humano. Este es otro síntoma de fracaso del ideal ilustrado, la libertad y la igualdad conseguida expresa su otra cara: el Miedo. Miedo en lugar de Fraternidad.

Como en los tiempos feudales, estamos gobernados no por los Señores del Castillo sino por tecnócratas de la Economía y por políticos elegidos “democráticamente” sobre los cuales no tenemos ningún control. Las posibilidades racionales de tener un mínimo control sobre los acontecimientos parece que se esfumen de un día para otro, y el temor al totalitarismo conservador pende sobre nuestras cabezas. Tal como dijo Horkheimer, nuestra sociedad se ha vuelto opaca. Y esta falta de transparencia es otro fracaso del ideal Ilustrado.

La “Ilustración” intentó terminar con los ancestrales miedos humanos, la antorcha de la Razón que todo lo ilumina sería el faro garante de la Justicia. Y no ha sido así. La sorpresa ha sido ver que, al mismo tiempo que se extiende una democracia igualitaria – o que pretende serlo – se “aplanan” otras dimensiones del ser humano. La “civitas” delega su responsabilidad, de revolucionaria se vuelve conservadora, el terror la

tiene paralizada. Es otro fracaso del ideal Ilustrado, la contemporización más o menos “amable” con el mal y la corrupción.

*Es digno de leer el juicio, narrado por Hanna Arendt del Adolf Eischmann, uno de los máximos responsables de los campos de exterminio nazis. No se encontró en él ninguna psicopatología – visible -, pero muestra en su libro - “Eischmann en Jerusalén” – como una persona de vida familiar normal, ciudadano probo con mujer, hijos y mascotas, podía enviar fríamente a tantos miles de judíos a los hornos crematorios. Simplemente “cumplía órdenes”. Jamás Eischmann se cuestionó la moralidad de las mismas. Al margen de que fuese debidamente ejecutado por sus crímenes, Hanna Arendt – filósofa judía contemporánea - acuñó el término “**banalidad del mal**”, que ha hecho historia. Es como si, en la tardo-modernidad la injusticia y el crimen fuesen una cosa común e inevitable, “**banal**” es la palabra, trivial, “cosas de la vida”, algo no cuestionable porque parece que así debe ser, o que no hay nada que hacer, porque en el fondo, todos cumplimos órdenes de alguien, con lo cual **no hay responsables. Este es otro fracaso de la Ilustración, que se expresa como desidia en lo político y en lo moral.***

Otro sintomático exponente del fracaso de los ideales ilustrados es asumir lo expuesto y ver que nuestra capacidad de acción está deteriorada, la complejidad es tan grande y lo “que sucede” en el entorno socio-político es tan oscuro que nuestra razón no puede aprehenderlo. Humorísticamente, la “razón ilustrada” ha devenido “razón esotérica”, sólo unos pocos “iniciados” pueden comprender la vorágine que se nos lleva. Al parecer, hemos abdicado y el proyecto ilustrado ha pasado a formar parte de las muchas utopías que la Historia nos muestra.

*La pregunta que no podemos contestar es ¿en qué punto estamos ahora? El viejo Carlos Marx escribe “El Capital” no como una soflama que incitase a ninguna revolución sino como un análisis de la ontología que subyace en la modernidad, y esa ontología es la Economía. ¿ Sigue siendo así?, **Indudablemente, pero el giro venidero, porque la historia es movimiento, aún no lo podemos pensar, por falta de distancia.***

Hijos de la Revolución, no hemos sabido - según parece – hacer digna justicia a la misma y generar un sistema socio-político autoconsciente, como muestra el hecho de que en la actualidad sea la Economía quien dirige el quehacer político. La “civitas” , la sociedad civil no es todavía sujeto de su propia historia, como muestra miremos a nuestro alrededor. Supersticiones – no sólo religiosas o esotéricas – nos rodean día a día, por ejemplo, nadie cuestiona algo tan fundamental como la propiedad del dinero o de la tierra.

*Para ilustrar este ejemplo expondré que, de todos los judíos llevados a los campos de exterminio, sólo alguno de ellos se rebeló. El resto fue conducido “amablemente” a su propia aniquilación. **Lejos estamos, pues, de la Toma de la Bastilla o de la Revolución de Octubre. Nuestros logros sociales se están evaporando uno tras otro, sin resistencia, sin reacción. ¿Qué nos ha sucedido?, es la pregunta.***

Quizás la clave esté de nuevo en un texto del – indudablemente conservador - Alexis de Tocqueville:

“Ninguna rebelión política anterior por violenta que fuera, despertó tan apasionado entusiasmo, pues el ideal que se fijó la Revolución Francesa, no fue sólo cambiar el sistema francés, sino nada menos que regenerar a toda la especie humana. Creó una atmósfera de fervor misional y adquirió verdaderamente, todos los aspectos de un renacimiento religioso, para consternación de los observadores contemporáneos. Quizás fuera más exacto decir que desarrolló una nueva especie de religión, aunque imperfecta, pues careció de Dios, de ritual o de promesa de una vida futura. Sin embargo, esta extraña religión, como el Islam, inundó el mundo entero con sus apóstoles, militantes y mártires”

(The Old Regime and the French Revolution)

Es decir, la idea base iba más allá de una Revolución Política, se trataba de generar otro tipo de ser humano, libre, racional, fraterno. Capaz de luchar y de conservar sus conquistas. Un ser humano, un ciudadano libre en una nación libre que determinase libremente su destino. Y en su lugar tenemos la Tardo-modernidad líquida donde nada es razón de esfuerzo suficiente. Es la punta del iceberg del nihilismo que adviene.

Hay que repensar qué es esa cosa llamada “Libertad”, porque la consecuencia necesaria de la “Libertad absoluta” de la Revolución Francesa fue el episodio del Terror, del cual es heredera nuestra sociedad tardo-moderna, hiper-controlada, panóptica y debilitada en sus raíces, en el fondo aterrorizada por los “nuevos dioses” de los mercados.

*Los fantasmas conjurados por la Ilustración han salido del armario en los tiempos actuales porque el colapso del viejo orden en Europa, orden que se apoyaba en el parentesco, la tierra, la clase social, la religión, la comunidad local, la monarquía, provoca la búsqueda de nuevos caminos. La fe en los adelantos de la Edad Moderna y la voluntad de un progreso inspirado en los nuevos principios, **provocaron una reacción de las clases conservadoras, que se ha mantenido como una corriente subterránea pronta a manifestarse a la menor ocasión. La ocasión por antonomasia es el colapso económico que padecemos, y aquí amanece la “sombra de la Ilustración”,** la superstición renace, sectas y extrañas devociones **La raíz es como siempre, el Miedo.***

Podemos detectar esta corriente subterránea que nunca desapareció, en la resurrección de viejos fundamentalismos aparentemente derrocados, el auge de movimientos extremistas y la dirección de la mirada hacia formas de actuación política aparentemente superadas. Surgen de nuevo las supersticiones, las formas religiosas arcaicas y la sombra del totalitarismo planea en el horizonte de tardo-modernidad, curiosamente aceptado como algo inevitable y incluso necesario.

Es el nihilismo que adviene, anunciado ya en su día por Martin Heidegger, en su opúsculo “ La pregunta por la Técnica”- siendo la técnica, la técnica aquí analizada, el máximo exponente de la tardo-modernidad, concluye Heidegger que “sólo un dios – con minúsculas – puede salvarnos”. Martin Heidegger piensa esta tecnificación racionalizada, sin alma y sin fundamento como la expresión máxima del hundimiento de los supuestos que nos han sostenido como colectivo, lo piensa como nihilismo con su expresión “el desierto crece”.

Y evidentemente, este no era el objeto de la Revolución Francesa, que en principio liberadora, muerde su propia cola transformada en una tardo-modernidad vacía de contenido, nihilista y exhausta de fuerzas.

*El horizonte del Ser y de la Vida se ha aplanado peligrosamente. Si la “sociedad civil”, la “ciudadanía” a quien se le entregó la antorcha de la Historia es impotente para dirigir su propio destino, entonces, **la Ilustración ha fracasado.***

Y es que la “libertad absoluta”, propuesta por la Revolución y la Ilustración , para poderse sostener en la praxis, tiene que dar lugar a “las diversas libertades” de las cuales hacemos uso, de manera limitada, como escoger esto o lo otro, en el dominio de lo empírico y trivial.

*Sin embargo, esta misma “Libertad” cuando sólo se expresa en “las libertades permitidas” y **no deviene fundamento en sí misma y condición de posibilidad de la “civitas”** firma su propio certificado de defunción. No hay “libertad” en el sentido amplio sino sólo “libertades” en su aspecto reduccionista y minimizado, para la Sociedad Civil, **o sea, mera libertad para el consumo.***

Nihilismo no es solamente no disponer de una metafísica de “salvación” en el sentido en que cada uno la pueda entender, sino no tener siquiera la posibilidad de pensar que nuestras estructuras puedan ser cambiadas, porque la misma potencia que podría lograrlo ha desaparecido de nuestro horizonte.

*Quizás, reflexiono, la herencia de la Revolución tenía que haber pasado a otras manos, pero no se sabe qué manos podrían haber sido estas, ya sabemos, la **“Lechuza de Minerva” – la Sabiduría – solo emprende el vuelo al anochecer**”, o sea, cuando los hechos están ya consumados, la mente puede empezar a pensar.*

AMPARO

